

*Una nueva aproximación en torno
a las relaciones políticas entre la corte madrileña
y Viena en el último cuarto del siglo XVII*

Enrique Solano Camón

INTRODUCCIÓN

El 12 de enero del año 1519 fallecía el emperador Maximiliano. Con ello la totalidad de los estados patrimoniales de la Casa de Austria, a lo que había que unir la aspiración a la corona imperial, así como los territorios borgoñones, y las posesiones heredadas de sus abuelos maternos, Fernando e Isabel, recaían sobre su nieto Carlos. Algunos meses más tarde, el 28 de junio de 1519 era, proclamado emperador. Este mismo año el canciller Mercurino Gattinara escribiría a su príncipe: “Dios os ha puesto en el camino de la Monarquía universal”. El sueño de la “Universitas Cristiana” parecía abrirse paso animado la paz de Cambrai, rubricada por las coronas francesa y española el 5 de agosto de 1529.

Vana ilusión, pues tan apenas un año después —el mismo año de su coronación en Bolonia— la presentación por Melanchon de la *Confesión de Augsburgo* ante la Dieta de este mismo nombre era respondida por el emperador con la declaración de la vigencia del edicto de Worms de 1521. Circunstancia que llevaba a los príncipes protestantes a responder, el 29 de marzo de 1531, con la formación de la liga de Esmalkalda. Algunos años después estallaba la crisis por la sucesión imperial entre el emperador Carlos, en favor de su hijo Felipe, y su hermano menor Fernando, rey de Romanos y presidente del Consejo de Regencia desde 1521, en apoyo del suyo, Maximiliano. Un conflicto entre Carlos V y los príncipes alemanes, que tendría su resolución final en las abdicaciones del emperador ante los Estados Generales de los Países Bajos en Bruselas, después de que su hermano Fernando negociase en Augsburgo el 25 de septiembre de 1555 la paz religiosa, por la que se refrendaba la libertad de los príncipes para elegir la doctrina religiosa.

Llegados a este punto, no parece ocioso recordar que la ciudad de Viena, residencia principal de la corte habsbúrgica desde hacía algunos decenios, junto con Innsbruck y Praga, cuando Fernando sucedió en el trono imperial a su hermano Carlos adquirió la calidad de capital del Sacro Imperio, asumiendo el papel de auténtica “ciudad imperial” y, por ende, intensificó sus lazos políticos, dinásticos y culturales con la Península ibérica ¹. En relación con ello, los profesores Ferdinand Oppl y Karl Rudolf escriben:

Durante los siglos XVI y XVII, las frecuentes bodas entre los Habsburgo de España y de Austria formaron en muchos aspectos la verdadera base de las relaciones hispano-austriacas dominando por lo tanto en gran parte el fenómeno “España y Austria”. En cierto sentido no son sino la continuación de los contactos fundados en el medievo, pero ahora caracterizados por su intensidad y por unas relaciones familiares claramente diversas. En esa época, la Casa de Austria manifiesta un continuo empeño por asegurar el futuro de la herencia familiar ².

Y, sin duda, los casos que de enlaces matrimoniales se producen entre las dos ramas de la Casa de Austria en los siglos XVI y XVII no pueden ser más significativos. Ese es el caso de la infanta María, hija de Carlos V e Isabel de Portugal, que se convirtió en esposa del emperador Maximiliano II. La hija de estos, Ana de Austria, a su vez, casó en cuartas nupcias con Felipe II, su tío. Aunque el propósito no llegaría a tener efecto, no es vano recordar por su interés el proyecto matrimonial entre el emperador Rodolfo II y la infanta Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II y de Isabel de Valois que, finalmente, contraería nupcias con el archiduque Alberto, hermano menor de Rodolfo, quien gobernó los Países Bajos hasta el año 1621. La archiduquesa Margarita, hija de Carlos III de Estiria y, en consecuencia, hermana del emperador Fernando II, se convertiría en esposa del monarca español Felipe III; y la hija de estos últimos, Mariana, con el emperador Fernando III. A su vez, la infanta Mariana, hija, se convirtió en segunda mujer del monarca español Felipe IV. Una unión de la que, a su vez, nacieron la infanta Margarita Teresa, quien contrajo nupcias con el emperador Leopoldo I, y Carlos II, último Habsburgo en el trono de España.

¹ Del matrimonio entre el emperador Federico III y Eleonora de Portugal nació Maximiliano. Y ambos emperadores, en su política europea de alianzas, como elemento consolidador de la Casa de Austria, proyectaron sus intereses hacia el oeste y sur del continente. Así lo pone de manifiesto la política matrimonial de sus hijos (Felipe y Margarita) y los de los Reyes Católicos (Juan y Juana) de tan importantes consecuencias.

² F. OPLL & K. RUDOLF: *España y Austria*, Madrid 1997, p. 133.

De este modo, la relación dinástica y los derechos familiares, unido a la salvaguarda de los derechos patrimoniales se convertirán en elementos determinantes en la relación de las dos ramas de la Casa de Austria, que van a quedar definidas tras las abdicaciones del emperador Carlos V en Bruselas el año 1556. Unas relaciones también animadas por el efecto de la Contrarreforma y alimentadas por las relaciones de carácter cultural, puestas de manifiesto al calor de la vida cortesana, reflejadas en su ceremonial, así como en la influencia ejercida por los jesuitas. Todo un elenco de factores que, sin embargo, no impedirán que en el escenario europeo no tarden en expresarse tendencias matizadas, cuando no divergentes, en los fines y aspiraciones geopolíticas esgrimidas por las dos ramas de la Casa de Austria, condicionadas por su propia composición socio-política y territorial interna, así como por sus intereses y estrategias en el ámbito internacional.

LA CASA DE AUSTRIA EN EL TIEMPO HISTÓRICO:

DOS RAMAS, DOS IDENTIDADES EN LA HISTORIA DE EUROPA

Con la llegada de Felipe II al trono de España es en la propia dimensión europea del Imperio en donde más claramente se van a percibir los conflictos que su antecesor Carlos V había dejado sin resolver y en donde más rica va a ser la conflictividad producida por el despliegue territorial español. A las viejas cuestiones, siempre vivas, que habían dado permanencia a la crisis hispano-francesa durante el mandato de su antecesor, se unen ahora la alarma del monarca francés ante la posibilidad de que una descendencia de María Tudor y Felipe II reuniese Londres, Amberes y Madrid, lo que, unido a la alianza dinástica de dicho bloque con el Sacro Romano Imperio y el sólido asentamiento de España en Italia, hacía temer a Francia un cerco asfixiante, que Enrique II Valois se había propuesto romper, no dudando en resucitar para ello la alianza con el Turco y enfrentarlo a Felipe II.

Sin embargo, la victoria del ejército de Felipe II en Gravelinas, el 13 de julio de 1558, frente al del monarca francés, unido a los vientos que corrían de expansión de la herejía y al agotamiento ocasionado por el elevado coste de los años de guerra ya vividos, conducirá a la firma del tratado de Cateau-Cambrésis³ entre

³ F. SOLANO COSTA: *El Tratado de Cateau-Cambresys (1559)*, Zaragoza 1959.

Francia y España el 13 de abril del año siguiente. Un tratado que va a provocar un importante giro en la política española, al mismo tiempo que contribuirá a redefinir el panorama político europeo. Basada en la unidad católica y la concepción hegemónica, la “monarquía universal” de Felipe II aspirará a imponer su concepción del orden mundial, sustentado en una primacía de lo religioso, identificada con el mismo concepto de Estado ⁴.

Así, el tratado de Cateau-Cambresis, además de consolidar la situación de España en Italia y acordar entre ambos soberanos la ayuda mutua para luchar contra la herejía, establecía una alianza dinástica, de no poco interés para el tema que nos ocupa, pues Felipe II, recién enviudado de María Tudor, se prometía con Isabel de Valois, hija de Enrique II y Catalina de Médicis, y poco después casaba con esta por poderes, favoreciendo la intervención del monarca español en la política francesa ⁵. Durante los primeros años de la década de los sesenta el eje mediterráneo es el que va a requerir prioritariamente la atención del monarca español, pero tras el intenso periodo vivido entre los años 1568 y 1571 será el Atlántico el que se imponga y concentre la acción política de Felipe II, y en el que pugnará por poner en marcha un amplio programa capaz de conservar y fortalecer su soberanía. Un programa que finalmente se haría realidad en los años ochenta, tras la incorporación de Portugal y su talasocracia marítima a la corona española, hasta que la firma del tratado de Greenwich el año 1596, que sancionaba la alianza entre Inglaterra, Francia y Holanda, terminó por neutralizar las aspiraciones del monarca español.

Durante todos estos años, mientras tanto, el interés político y la tendencia histórica experimentada por la rama imperial habsbúrgica van a diferir, de manera significativa, en relación con los movimientos políticos llevados a cabo desde la corte madrileña. De hecho, la historia del Sacro Imperio, desde la paz de Augsburgo (1555) hasta la guerra de los Treinta Años, no deja de ser el resultado

⁴ La idea de un monarca absoluto, en fin, que vincula el Estado a su persona, en la que Castilla irá haciendo suyos los intereses imperiales hasta sacrificar su propia política tradicional y convertirla en política imperial castellana, propiciándose con ello en el interior de la Monarquía, no solo tensiones entre el rey y sus súbditos, sino también un mayor distanciamiento y disparidad de intereses entre la corona y los territorios y reinos que gobernaba.

⁵ La diferencia de edad entre ambos retrasaría hasta el año 1566 su descendencia, año en el que nacería Isabel Clara Eugenia, personaje de tan significativa importancia en la última fase del reinado de Felipe II, en relación con los asuntos del Norte.

de una superestructura, que se irá vaciando de su contenido supranacional y en la que la disgregación de los Estados alemanes irá acompañada de unos dominios de la Casa de Austria, que no llegan a constituir un Estado territorial ⁶, lo que explica que el emperador Fernando I llegase a decidir el reparto su herencia territorial entre sus tres hijos ⁷.

Fernando I (1556-1564), tras alcanzar el solio imperial, pretenderá reorganizar el Imperio con la creación de instituciones, como el *Consejo Áulico Imperial* o la *Cancillería Áulica Imperial*, que desde el primer momento habrán de hacer frente a los Consejos locales. También tratar de mantener, aunque sin conseguirlo, la paz religiosa. Su hijo y sucesor, Maximiliano II (1564-1576), tolerante en cuestiones políticas, intentó mantener el equilibrio entre católicos y protestantes buscando una apropiada aplicación de la paz de Augsburgo, sin que por ello pudiera impedir nuevos avances del protestantismo. Su labor, por otra parte, se verá afectada por la tensión con los turcos, quienes al reclamarle, en vano, el pago del tributo anual –tal y como se había producido desde el año 1543–, el año 1566 asaltaban Sigetz, cuya defensa había sido encomendada a Zriny, héroe nacional húngaro. Una operación que costaba, precisamente, la vida a Solimán el Magnífico. Firmada en 1568 la paz de Adrianópolis, los Habsburgo finalmente se verían obligados a continuar con el tributo anual al Imperio turco.

El Sacro Imperio experimentará su mayor deterioro, sin embargo, durante la larga etapa imperial de Rodolfo II (1576-1612), cuya educación había sido encomendada a los jesuitas, en España. El “solitario de Hradschin” –nombre del palacio de Praga en el que se recluyó–, erudito y de acusados rasgos misantrópicos,

⁶ En ellos, si Austria se mostraba homogénea, en cuanto a su definición étnica de carácter germánico, no era ese el caso de Bohemia, territorio en el que, si bien la oposición entre germanos y eslavos parecía encontrarse apaciguada, el recelo entre católicos y protestantes se mantenía vivo, y un territorio húngaro, en el que los progresos del calvinismo eran importantes y en el que los magiares no ocultaban su desagrado hacia el dominio austriaco, hasta el punto, incluso, de llegar a solicitar contra el mismo el apoyo de los turcos. Una amenaza turca que actuará como importante factor de preocupación del emperador.

⁷ Su hijo Maximiliano (II), que le iba a suceder como emperador el año 1564, conservaba el territorio patrimonial esencial principal, integrado por la Alta y Baja Austria; Bohemia y Moravia, así como la parte del espacio húngaro no controlada por los turcos; mientras que Fernando obtenía el Tirol y Carlos recibía los territorios de Estiria, Carintia y Carniola. Años después, Rodolfo (II), hijo de Maximiliano, llegaría a ceder a su hermano Ernesto la Alta y Baja Austria, limitando su acción a las posesiones de Bohemia y Moravia.

pronto delegaría sus tareas de gobierno en los funcionarios de la corte. Introdutor de la Contrarreforma en los dominios hereditarios de la casa de Habsburgo, contribuyó al progresivo resquebrajamiento de la paz religiosa y con ello a la reorganización de las alianzas de combate. Así, a la constitución de la Unión Protestante el año 1608 por Cristian von Anhalt, organización que pronto establecerá contactos con Inglaterra, Países Bajos y Francia, responderá un año después la creación de la Liga Católica, liderada por Maximiliano I de Baviera, que en seguida contó con el apoyo de España.

Una Monarquía hispánica que por entonces, al calor del frenético juego diplomático de las principales cancillerías europeas para tratar de ganar tiempo al intenso frenesí vivido durante las últimas décadas de la centuria anterior, contempla con expectante agrado, tras morir asesinado Enrique IV de Francia el año 1610, el giro amistoso que su viuda, María de Médicis, imprime en la política francesa, y que tiene pocos años después en el doble matrimonio de sus hijos Isabel y Luis (XIII), con Felipe (IV) y Ana, hijos del monarca español, Felipe III, su consecuencia más significativa. Lo que no impedirá que el mismo Felipe III, planteada la cuestión sucesoria en el Imperio, reclame y obtenga a cambio de su renuncia a los derechos de la corona imperial, la cesión de los pasos de los Alpes situados al norte de Milán, de gran importancia para la estrategia global de España; y que, poco después, habiendo estallado la guerra de Treinta Años, motivos de solidaridad dinástica y religiosa –no bien respondidos, en reciprocidad, por la rama habsburguesa de Viena–, justifiquen su apoyo al emperador. En conjunto, toda una premonición de lo que, en el orden internacional, iba a representar la centuria.

Un escenario en el que los intentos para convertir el Sacro Imperio en un Estado alemán centralizado y católico, tanto por parte del emperador Fernando II (1619-1637) como por la de su sucesor, Fernando III, resultarán vanos, como se haría patente en Westfalia (1648), cuando las denominadas “libertades germánicas” confirmaban la división política y religiosa del Imperio. Pero Westfalia, también va a representar el comienzo de toda una redefinición histórica y geopolítica de los Habsburgo alemanes, cuya repercusión en las relaciones con la rama austracista española no se hará esperar.

Sobre ello, R. J. W. Evans formula la siguiente aseveración:

el acuerdo, finalmente conseguido en Münster y Osnabrück, en Westfalia afianzó el saldo de los Habsburgos. La dinastía perdió su preeminencia política en el Imperio, al descomponerse en sus partes integrantes la esfera perfecta de

Kaiser y Reich. Pero, en compensación, los Habsburgos consiguieron una autoridad soberana sin trabas sobre los *Erblande* y Bohemia y la base para una demanda similar sobre Hungría a largo plazo. La doctrina de *cuius regio, eius religio* (continúa argumentando Evans) ya había actuado como justificación última para las acciones de Fernando II después de 1620. Con excepciones limitadas en la Baja Austria y más amplias en Silesia (así como en Hungría, que no participó en el tratado de paz), el emperador se encontraba con las manos libres para completar la eliminación del protestantismo, mientras otros soberanos germanos respetaban el mapa confesional, tal como existía en la fecha de 1624⁸.

Habiendo dado comienzo los preparativos de la paz de Westafalia, en Münster y Osnabrück, en donde desde septiembre de 1645 estaba actuando en calidad de representante español don Gaspar de Bracamonte y Guzmán, conde de Peñaranda, en el seno de las ya complicadas negociaciones llevadas a cabo, sobre todo con Francia, ya se puso de manifiesto la cuestión de una eventual herencia de los territorios de la corona española. Así se deduce de los comentarios de monsieur de la Torre, que aparecen en su escrito *Memorias y negociaciones secretas de Ferdinando Buenaventura, Conde de Harrach, Embaxador plenipotenciario de su Majestad Imperial en la Corte de Madrid desde la paz de Ryswich*, en el que trata de clarificar lo que él calificaba como “ideas ocultas de Mazarino”. Escribe monsieur de la Torre:

Porque nadie podía saber lo que había escrito (Mazarino) a los Ministros de Francia empleados el año de 1646 en la conclusión de la Paz de Münster, diciéndoles: que si el rey cristianísimo podía tener los Países Baxos en dote casándose con la infanta de España, entonces tendría toda la seguridad; porque podremos aspirar a la sucesión de la Monarquía de España, sin embargo de la renuncia que se há obligado a ejecutar a la Infanta, y esto no será mui distante, pues no ay más que la vida del Príncipe su hermano, que pueda excluirla⁹.

Más adelante añade lo que define como principal apotegma del cardenal Mazarino: “no es violar la fee de los tratados, quando se han hecho restricciones mentales á el tiempo de firmarse”¹⁰. Una frase que, sin duda clarifica, la intencionalidad oculta de aquello que por no aparecer expresamente escrito no

⁸ R. J. W. EVANS: *La Monarquía de los Habsburgos (1550-1700)*, Barcelona 1989, pp. 65-66.

⁹ BNE, Ms. 5707, fols. 21v-22r.

¹⁰ *Ibidem*, fol. 23r-23v.

dejaba de mantener su legitimidad. Y que en este caso, parece claro que apunta la intención de la cancillería francesa más allá de lo rubricado en los tratados de Westfalia.

Este mismo año de 1646 las relaciones entre Madrid y Viena parecían estimularse cuando se comprometía la unión entre la archiduquesa Mariana, hija del emperador Fernando III, con Baltasar Carlos, hijo del monarca español Felipe IV. Sin embargo, dicho enlace no prosperaría ya que el joven príncipe fallecía prematuramente el 23 de marzo de este mismo año. Poco después, debilitada la rama vienesa de la casa de Austria por los tratados de paz de Wesfalia, firmados el 14 y el 24 de octubre de 1648, España se encontraría prácticamente sola en su lucha contra Francia hasta 1659, año en el que se firmaba la paz de los Pirineos entre ambas monarquías. De hecho, poco antes de producirse la conclusión de los tratados de paz en Westfalia, el embajador imperial Grana ya se había encontrado con la ingrata tarea de comunicar a Felipe IV que en la corte de Viena su primo Fernando III se veía abocado a ceder ante los príncipes alemanes, algo que el mismo emperador informaba por carta al rey español el día 2 de octubre. “No sé —escribía el emperador un año después— lo que será de aquí en adelante, pero yo fio tan poco destos malditos suecos y franceses, y de la constancia de los estados, que tengo poca esperanza de buen fin”¹¹. Finalmente, el 7 de octubre de 1649, con el fin de consolidar la relación dinástica entre ambas ramas de la casa de Austria, Felipe IV contraía matrimonio por poderes con la archiduquesa Mariana de Austria, su sobrina, treinta años más joven que él. Semanas después, Mariana iniciaba su largo viaje a través de Italia para reunirse en Madrid con su esposo.

El 2 de abril de 1657 en Viena moría el emperador Fernando III, quien tras los acuerdos de Wesfalia había centrado su atención en sus estados patrimoniales a fin de impulsar la creación de un gran Estado danubiano. La sucesión, como emperador y heredero, en competencia con el propio Luis XIV, recaía en su segundogénito Leopoldo (I), quien durante su largo reinado habría de tener un papel determinante en la consecución de los fines planteados por su antecesor. Circunstancia que se debe sumar el hecho de que la inesperada muerte de su hermano mayor, Fernando —rey de Romanos— el año 1654, que había sido prometido a la infanta María Teresa, así como la prolongación del conflicto franco-español estaban complicando las relaciones entre las cortes de Madrid y Viena.

¹¹ F. OPLL & K. RUDOLF: *España y Austria, op. cit.*, p. 138.

Por ende, los primeros años del gobierno del nuevo emperador se iban a encontrar determinados por el conflicto armado con Suecia a causa del reino de Polonia, así como por la necesidad de remitir tropas imperiales a territorio húngaro con el fin de responder a la amenaza otomana del gran visir Mohamed Küprülü (1656-1661), en un endémico conflicto contra los turcos que habrá de extenderse durante el resto de la centuria y que se verá agravado por la actitud de la alta nobleza húngara contra la política centralizadora de Leopoldo I y sus persecuciones religiosas, teniendo en el conde Emerico Tököli, que dirigirá entre 1669 y 1671 el levantamiento de los *Kuruz* (=campesinos) llegando a solicitar el auxilio de los turcos, un incómodo rival. Por todo ello, si bien el rival más importante de Austria continuaba siendo Francia, realmente, la diplomacia vienesa no llegó a establecer una política antifrancesa hasta el año 1672, cuando, como consecuencia de las reivindicaciones territoriales de Luis XIV, lograba articularse una alianza entre Austria, Brandemburgo, las Provincias Unidas y España frente a la Monarquía francesa.

Mientras todo esto ocurría, Felipe IV, caliente aún la rúbrica que había sancionado los acuerdos suscritos en la paz de los Pirineos, mediante su embajador en Viena había mostrado sus deseos de otorgar la mano de su hija, la infanta Margarita Teresa, hermana menor de María Teresa y fruto de su unión con su segunda esposa Mariana de Austria, a Leopoldo I; tratando de explicar, por otra parte, las circunstancias políticas que no habían hecho posible el enlace del joven emperador con la infanta María Teresa, ya entonces desposada con Luis XIV.

Sin embargo, habrá que llegar a finales del año 1662 para que Leopoldo se decida a aceptar la oferta, poniendo en manos de Pötting, su embajador imperial en Madrid, la tramitación de las negociaciones. Un año después, el día 18 de diciembre de 1663, este presentaba el contrato matrimonial ante la corte, previa su firma; sin embargo –como apuntan Oppl y Rudolf– las complicaciones surgidas a causa del mecanismo cortesano español harían que fuera su sucesor en el cargo, Franz Lisola, quien concluyese las negociaciones un año más tarde ¹².

El 17 de septiembre de 1665 moría Felipe IV y, por fin, el 28 de abril de 1666 Margarita Teresa iniciaba su largo viaje, dejando Madrid para siempre. El 5 de diciembre hacía su solemne entrada en la ciudad de Viena, siendo tan suntuosa

¹² F. OPLL & K. RUDOLF: *España y Austria, op. cit.*, pp. 140-142.

como las que hasta entonces habían tenido lugar ¹³. Las renovadas expectativas generadas por este laborioso matrimonio, sin embargo, no tardarían en quebrarse. Embarazada, de nuevo, a primeros de año y con solo 22 años, el 12 de marzo de 1673 le sobrevénía la muerte. Una vez más, una unión matrimonial entre las dos ramas de los Habsburgo se caracterizaba por su escasa longevidad, tal y como con anterioridad ya había ocurrido con otras consortes de los reyes de España ¹⁴. El mismo año que se producía la muerte de la emperatriz Margarita Teresa, Leopoldo casaba en segundas nupcias, con su prima Claudia Felicitas del Tirol. Con ello se ponía fin a la unión entre la Casa de Austria de Madrid y la de Viena.

*UN ACUERDO DE PARTICIÓN NO CONSUMADO DE 1668
Y SU SIGNIFICADO HISTÓRICO*

El arzobispo de Embrun, embajador de Francia en Madrid, informaba a Luis XIV de la muerte de su suegro, ocurrida el 17 de septiembre de 1665. En el testamento del monarca español había quedado establecido que Carlos (II), su hijo, sería el heredero al trono. Si este moría sin descendencia, la sucesión no pasaría a su hermana María Teresa, pues así había quedado reflejado en el artículo 5º de la

¹³ Se pone de manifiesto la forma en que el españolismo vienés estaba conectado con la corte habsbúrgica y el rígido ceremonial que se observaba. Con la llegada del absolutismo, la importancia del ceremonial aumentó notablemente. El modelo que se siguió de forma especial fue el ceremonial borgoñón-español, cuyas reglas operaban en la corte de los Habsburgo vieneses. Se prestaba especial atención a los problemas del protocolo, dado que no se podía separar de la estricta observancia de sus reglas el cumplimiento de los principios de una sociedad dividida en estamentos. El protocolo ponía sobre todo en evidencia la jerarquía, que no se había observado adecuadamente. En la primera mitad del siglo XVIII, e incluso más adelante, la corte vienesa de los Habsburgo siguió las reglas de la etiqueta española. Hasta 1740, con la muerte del emperador Carlos VI, no puede decirse que terminase el influjo español a este respecto, notándose a partir de este momento una mayor influencia de la indumentaria francesa en la corte (F. OPLIL & K. RUDOLF: *España y Austria*, *op. cit.*, pp. 140-142).

¹⁴ Así ocurrió con Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II, cuyo reinado se extenderá entre los años de 1570 y 1580; Margarita de Austria, mujer de Felipe III, fallecida en 1611, tras cerca de 13 años de reinado; o con la esposa del emperador Fernando III, cuya vida como emperatriz se prolongará entre los años de 1637 y 1646.

renuncia inherente al acuerdo matrimonial con Luis XIV ¹⁵, ultimado en la paz de los Pirineos, sino que tenía que recaer en su hermana Margarita Teresa, a la postre, como hemos visto, prometida desde el año 1663 con el emperador Leopoldo I. Una exclusión de la primogénita de Felipe IV que, igualmente, se extendía a sus hijos y afectaba “a todos los reinos, Estados y señoríos”.

Ya a comienzos del año 1662, Conrado van Beuningen, embajador holandés en París, había prevenido al Gran Pensionario de Holanda, Juan de Witt, desde esa ciudad que “si el rey de España muere sin heredero varón, surgirían aquí pretensiones sobre los Países Bajos españoles y quizá sobre la sucesión española”. Ciertamente, desde su ascenso al poder Luis XIV se había interesado por la cuestión de la renuncia de María Teresa y había cuestionado su validez. Y es que, realmente, en la perspectiva del año 1665, aunque existía un hijo que entonces contaba con 4 años, Carlos (II), se creía que no viviría mucho. Así, en relación con la cuestión de los Países Bajos, asunto que inquietaba al monarca francés, rotas las negociaciones entabladas con España sin obtener resultado diplomático alguno, trató de entenderse con De Witt para dar salida a la empresa, una materia que, a fin de cuentas, ya se habían planteado sus predecesores ¹⁶ y que, de algún modo, había quedado interrumpida por la paz de los Pirineos, que solo había concedido al monarca una parte sustancial del Artois.

El medio que había elegido Luis XIV, de la mano de su ministro Hugues de Lionne, para alcanzar sus fines consistió en solicitar un “adelanto de la herencia”, a la muerte de Felipe IV, puesto que nadie podía prever el momento en que

¹⁵ BNE, Ms. 5707, fols. 17v-20r.

¹⁶ Obsesionado el cardenal Richelieu con alejar más de París la frontera con las posesiones españolas, y juzgando que la conquista de las extensas llanuras flamencas podría conceder al monarca francés, no solo mayor seguridad del reino, sino también los medios de amenazar, simultáneamente, la de Inglaterra, Provincias Unidas e, incluso, la región alemana del Rin, resolvió sugerir a los Estados Generales, como solución razonable para no inquietar a sus vecinos, la reunión de las provincias belgas en una confederación de cantones libres. Sin embargo, los Estados Generales no aceptaron tal planteamiento. De modo que los ejércitos del entonces monarca Luis XIII se desviaron hacia Alemania, respondiendo a la alianza con Suecia. Algún tiempo después, su sucesor en el valimiento francés, cardenal Mazarino, llegó a plantear a Felipe IV la idea de una paz separada, proponiéndole el matrimonio del joven Luis (XIV) con la primogénita del rey español, considerando que esta aportase como dote los Países Bajos y, a cambio, Francia restituiría Cataluña. Conocido el desarrollo secreto de la negociación por el gobierno holandés, este se apresuró a firmar en 1648 una paz separada con la corte de Madrid (L. ANDRÉ: *Luis XIV y Europa*, México 1957, pp. 71-72).

quedase abierta la sucesión al trono de España y, no reconociéndose la cláusula de “renuncia” de María Teresa, bastaba con que el príncipe Carlos llegara a tener un hijo, para que su hermana perdiese todo el derecho a la misma. El conjunto de argumentos jurídicos que a tal fin se esgriman, a partir de ahora —como es sabido— son conocidos con el nombre de “devolución”. Término que aparece por primera vez en 1662 a raíz de las negociaciones franco-españolas, expresado en el *Traité des droits de la reine très-chrétienne*, un tratado compuesto “para informar a toda Europa de la justicia de sus derechos”¹⁷, fundado en textos citados al margen, que tiene ante todo un carácter técnico y que explica las razones por las que Luis XIV está dispuesto a llegar hasta la guerra.

El 7 de mayo de 1667, el plenipotenciario francés conde D’Estrades presentaba ante los Estados Generales holandeses el *Traité*, con objeto de informarles de que, queriendo el rey liberarse de “la opresión por un esfuerzo de nuestras armas o por un razonable acomodo, se nos encontrará siempre bien dispuestos”. Por su parte, en Madrid, el arzobispo Embrun hacía lo propio ante la reina regente Mariana de Austria, quien, desde un primer momento, se negaría formalmente a enajenar parte alguna, “ni siquiera un solo pueblo o aldea de los Países Bajos”. Luis XIV, considerando que era un momento propicio, pues Francia e Inglaterra se encontraban en guerra (1665-1667), y habiendo terminado los preparativos declaraba la guerra a España, invadiendo los Países Bajos¹⁸.

Por entonces, se habían reanudado las negociaciones con el emperador, confiadas al hábil diplomático Grémonville, representante francés en Viena. En un primer momento, estas transcurrían con lentitud, pues Leopoldo dudaba y abrigaba temores respecto a los otomanos, a los húngaros sublevados, a la candidatura francesa en Polonia y a la actitud de los príncipes alemanes favorables a Francia. Y, sobre todo, no quería atraerse la animosidad de los españoles. Sin embargo, las negociaciones entre Grémonville y el embajador imperial Joseph Franz Lobkowitz se activaban, súbitamente, como consecuencia de la muerte, el 13 de enero de 1668, del único hijo de Leopoldo I, de tan solo tres meses de edad, derivando en el tratado de partición, suscrito el 13 de enero de 1668¹⁹.

¹⁷ DUHAU: *Traité des droits de la reine très-chrétienne sur divers états de la monarchie d’Espagne*, 1667.

¹⁸ L. ANDRÉ: *Luis XIV y Europa*, op. cit., pp. 73-74.

¹⁹ A. LEGRELLE: *La diplomatie française et la sucesión d’Espagne*, Braine-le-Comte 1895-1899.

Un tratado entre París y Viena que asumía los “derechos de la reina” al mismo tiempo que reconocía la nulidad de la “renuncia”, lo que resultaba altamente significativo al ser reconocida por la misma parte que había mantenido el interés por mantenerla.

Por el artículo 3 del acta, el emperador obtendría de España, las Indias occidentales, el Milanesado, Finale, los presidios de Toscana, Cerdeña, las Baleares y las Canarias. Mientras que a Luis XIV correspondían los Países Bajos, el Franco Condado, Navarra y Rosas, con sus dependencias, los reinos de Nápoles y Sicilia, con las islas adyacentes, las costas de África y las Filipinas²⁰. Un tratado que, de haberse consumado, quebraba la “unión” de los territorios componentes de la Monarquía hispánica, un principio inquebrantable en la definición política de los Austrias españoles desde que, sobre la herencia carolina, quedase constituida su concepción “universal” de la Monarquía; sancionaba las aspiraciones territoriales de la Monarquía francesa; y reconstituía el protagonismo político de Austria como potencia, calidad que pasaba a dirimir con Francia en el contexto internacional. Sin embargo, separaba del mismo a las potencias marítimas –Inglaterra y Holanda– conscientes de la vulneración, que ello representaba, de uno de los principios fundamentales nacido de la paz de Westfalia, como era el mantenimiento del equilibrio político en Europa, y del intolerable quebranto que ello suponía para sus intereses en el orden geopolítico internacional.

Y, efectivamente, el tratado no llegó a consumarse. Solo cuatro días más tarde de su firma, el 23 de enero, Inglaterra y Holanda sellaban el tratado de La Haya, obra personal de Juan de Witt, quien ya había formulado con claridad, respecto a Francia, su concepción política, sintetizada en la siguiente expresión: “Abandonar a España es regalar los Países Bajos a Francia: tomar por sí solo partido por ella, es locura”. Los firmantes ofrecían con el tratado su mediación para restablecer la paz entre Francia y España, asumiendo “la alternativa” que, con anterioridad, ya había formulado Luis XIV a Juan de Witt en relación con determinadas plazas de Países Bajos. En caso de que el rey de Francia se negase a ello, tanto Gran Bretaña como los Estados Generales holandeses le declararían la guerra para reducir a su reino a los límites establecidos en el tratado de los Pirineos de 1659. Suecia, invitada a adherirse al tratado, lo haría finalmente siendo representada en La Haya por Cristoph Delphicus, conde de Dohna, de

²⁰ L. ANDRÉ: *Luis XIV y Europa*, op. cit., p. 81.

origen holandés, pero incorporado al servicio de Suecia. Se había constituido la Triple Alianza ²¹.

El 13 de febrero de 1668, en el tratado de Lisboa, España reconocía la independencia de Portugal, mientras los regimientos franceses proseguían con sus conquistas en los Países Bajos y el Franco Condado, muy pronto acompañadas de las negociaciones entre las potencias mediadoras y la corte de París, mientras en Bruselas se persuadía al gobernador Castel-Rodrigo de la necesidad de resignarse al sistema de “la alternativa” propuesto por Luis XIV, quien finalmente cedía con intención de reforzar sus propósitos futuros sin el obstáculo de una coalición ²². Así, el 2 de mayo de 1668 se firmaba la paz de Aquisgrán, que sancionaba los preliminares negociados en el 15 de abril entre Holanda, Inglaterra y Francia en Saint-Germain. En Aquisgrán, Colbert de Croissy representó a Francia; España estaba representada por el conde Beryech; Inglaterra, por W. Temple y Holanda por Beverningk. Como resultado del acuerdo, Francia obtenía diferentes plazas en los Países Bajos, a modo de enclaves y no de una frontera continua que, si bien la alejaban de París, la aproximaban a Holanda, al mismo tiempo que las fortificaciones de Vauban, emplazadas en ellas las convertían en, prácticamente, inexpugnables. El Franco Condado, mientras tanto, volvía a pasar a manos españolas ²³.

El curso de los acontecimientos, la dialéctica diplomática entre las principales cancillerías europeas y, de nuevo, la relativa recuperación del príncipe Carlos en España, habían evitado la consecución de las aspiraciones que habían alcanzado a vislumbrar Luis XIV y Leopoldo I; sin embargo, esa amenaza latente, estimulada por los agentes de las potencias europeas, quedará convertida en constante que habrá de condicionar, en buena medida, la política exterior de la Monarquía hispánica durante el reinado del último monarca español de la Casa de Austria.

²¹ L. ANDRÉ: *Luis XIV y Europa*, *op. cit.*, pp. 81-83.

²² Luis XIV muestra su preocupación, en relación con este asunto:

“Advertí que si me obstinaba ahora en la guerra, la liga que iba a formarse para apoyarla, se mantendría después por siempre como una barrera opuesta a mis legítimas pretensiones, mientras que acomodándome prontamente, la deshacía en su nacimiento y me daba tiempo para crear ocupaciones entre los aliados, que les impedirían mezclarse en las que en el futuro podía proporcionarme a mí” (L. ANDRÉ: *Luis XIV y Europa*, *op. cit.*, p. 84).

²³ H. VAST: *Les grands traités du règne de Louis XIV*, t. II, París 1893-1899.

EXPANSIONISMO FRANCÉS Y GUERRA EN EUROPA

Una vez firmada la paz de Aquisgrán, Luis XIV se dispuso a disolver la liga formada contra él y predisponer a sus integrantes contra la misma potencia que la había forjado como mejor fórmula para reanudar el curso de sus proyectos; una tarea encomendada a Hugues de Lionne, agente de una diplomacia francesa que, no solo debía ganarse a Inglaterra y Suecia ²⁴, sino que tenía que actuar para impedir que otros príncipes intervinieran a favor de Holanda en un futuro conflicto. En 1672, dispuesto diplomáticamente el ambiente y resuelto el aparato militar, Francia iniciaba el ataque por tierra, mientras Inglaterra comenzaba su tercera guerra con las Provincias Unidas, que habría de prolongarse hasta el año 1674. Juan de Witt, acusado de débil y entreguista, era asesinado y sustituido por el joven Guillermo de Orange (futuro rey de Inglaterra), que gozaba de popularidad entre los calvinistas más intransigentes y de la provincia de Holanda, inclinada hacia una actitud centralizadora, por ser la más rica y poblada de las siete que integraban la federación; se mostraba contrario a acuerdos con potencias católicas y era beligerante con Francia. Inquietos por la agresividad del monarca francés y en esta ocasión auspiciada por Holanda y Austria, más liberada de sus asuntos del Este, se formaba una nueva liga antifrancesa, la Gran Alianza de La Haya, conformada por las Provincias Unidas, Austria, España, el duque de Lorena, el elector de Brandemburgo, diferentes príncipes alemanes y el elector de Colonia, quien invadido su territorio por el ejército imperial había optado por sumarse a los aliados. Carlos II de Inglaterra, que desde el primer momento había generado malestar en Inglaterra por su intervención en la guerra, en febrero de 1674 firmaba la paz con los holandeses ²⁵.

Como consecuencia de la coalición antifrancesa, la guerra, si bien tuvo especial incidencia en los Países Bajos españoles, el área del Rhin o el norte del Principado catalán, también se desarrolló en áreas como el mar del Norte y el

²⁴ Tras proceder a la ocupación de Lorena, la diplomacia francesa conseguía superar los recelos de Carlos II de Inglaterra y el 1 de junio de 1670 se concluía en Dover un tratado de alianza entre Inglaterra y Francia; casi dos años después un nuevo tratado, esta vez con Suecia, terminaba por apagar la Triple Alianza.

²⁵ Luis XIV reaccionará apoyando al candidato francés a la corona de Polonia, Juan Sobieski, y ayudará al levantamiento de la nobleza húngara, mientras Brandemburgo es atacado por Suecia.

Canal de la Mancha; el Mediterráneo ²⁶, en donde, en Sicilia, la rebelión de Mesina ²⁷ iniciada el 7 de julio de 1674 propiciaba la intervención francesa en el Mediterráneo español en apoyo de los rebeldes; o en las Antillas y en la ruta de las Indias Orientales. Al final, la prolongación del conflicto y las distintas contingencias políticas y militares producidas llevó a la paz de Nimega (1678), de la que saldría beneficiada Holanda, pero, sobre todo, Francia a costa primordialmente de España que se veía obligada a ceder el Franco Condado, perdiendo además diferentes plazas fronterizas de los Países Bajos ²⁸, escasamente compensadas por algunas otras del interior que Francia había ganado tras el tratado de Aquisgrán. Además, Francia recibió de Austria la ciudad de Friburgo, a cambio de Philipsburg, y, de hecho, se anexionaba la Lorena.

En España, la ratificación de la paz de Nimega suponía el momento fundamental en la política exterior de Juan José de Austria, consolidado en el poder entre 1677 y 1679 ²⁹, coincidiendo con los primeros años del gobierno efectivo de Carlos II, que ponían fin a la regencia de Mariana de Austria (1665-1675/77), un periodo recorrido por los valimientos de J. E. Nithard (1665-1669) y Fernando de Valenzuela (1669-1677) y caracterizado por el incremento de la situación de deterioro, ya de por sí complicada, en la que había dejado a la Monarquía

²⁶ J. N. ALCALÁ-ZAMORA Y QUEIPO DE LLANO: “Razón de Estado y geoestrategia en la política italiana de Carlos II: Florencia y los presidios (1677-1681)”, *Boletín de la Real Academia de la Historia* 173 (1976), pp. 297-376.

²⁷ L. RIBOT GARCÍA: *La revuelta antiespañola de Mesina. Causas y antecedentes (1591-1674)*, Valladolid 1982.

²⁸ Luis XIV lograba nuevos objetivos territoriales en la frontera nororiental de Francia, previstos en sus planes. Así, entre otras cosas, completaba el dominio del Artois, con las ciudades de Aire y Saint-Omer; parte de Flandes (Ypres, Poperinghe), el Cambresis (Cambrai), y parte del Henao (Bouchain, Mauveuge, Valenciennes y Condé).

²⁹ El profesor F. Sánchez Marcos hace una glosa de nuestro personaje:

“Su gobierno fue una reacción, apelando a la fuerza latente del pueblo y el apoyo de la periferia, contra la corrupción y la bajeza a la que había llegado la Corte española, supuso la clara renuncia de una serie de males y de la necesidad de reformas, aunque no se supiera encontrar el camino adecuado para ellas. El apoyo a los «novatores» como adalides de la ciencia moderna, el empleo de la prensa como arma para la lucha política, el halago y el cultivo del favor popular, el interés de conseguir el apoyo de la Corona de Aragón dieron a su figura un cierto aire de modernidad y anticipación” (F. SÁNCHEZ MARCOS: *Cataluña y el Gobierno central tras la guerra de los Segadores, 1652-1679*, Barcelona 1983, p. 243).

hispanica Felipe IV tras su muerte. Un periodo de intrigas y resistencia a cambios, durante el cual la reina madre perseverará en el mantenimiento de la legitimidad dinástica habsbúrguica y tratará de mantener viva su proximidad hacia la rama vienesa, frente a Francia: aunque, por otra parte, firmemente asentada en la defensa de la integridad territorial de la Monarquía.

Una opción que tendría su expresión cuando, alcanzada la mayoría de edad de su hijo Carlos, contemple la unión de este con María Antonia, hija del emperador Leopoldo, con objeto de reafirmar los lazos y alianzas con el Imperio. Una propuesta que, finalmente, sería desechada. Ya antes, con el escenario internacional surgido de la paz de Westafalia, un consejero español había afirmado que “el rey de Francia está muy bien situado para una sucesión borbónica en España”³⁰. Pues bien, sin partir de su literalidad, la realidad es que algunos representantes de la facción reformista, entre los que se encontraba Juan José³¹, veían ya como ineludible la necesidad de nuevos planteamientos en la política española y uno de ellos pasaba por la aproximación a la Casa de Borbón francesa, como vía hacia una mayor estabilidad. No es casualidad que el mismo día en el que se rubricaba la paz de Nimega se diese a conocer el enlace real entre Carlos y María Luisa de Orleáns, a la postre de la misma edad³².

Ciertamente, la política de enlaces matrimoniales seguida por la corte de Madrid, que ahora se ponía en marcha, buscará la alianza alternativa con Francia y el Imperio, mediante princesas de las dos Casas Reales, ambicionando, a su vez, un heredero que impidiese la consumación del reparto. Primero —como se acaba de ver— con María Luisa de Orleáns, reina de España en la década de los ochenta, un periodo de intentos reformistas, bajo los gobiernos de Medinaceli y Oropesa, en el que la acción política exterior pretendió un mayor sosiego en las relaciones con Francia, una circunstancia hacia la que M^a Luisa de Orleáns podía representar ciertas garantías. Sin embargo, todo dependía de que los monarcas tuviesen descendencia. De forma que el problema de la sucesión actuará de permanente complicación en las relaciones políticas de España, tanto en su interior como en las relaciones internacionales. La falta de heredero impregnaba el

³⁰ R. A. STRADLING: *Europa y el declive de la estructura imperial española (1580-1720)*, Madrid 1983, p. 252.

³¹ A. R. PEÑA IZQUIERDO: *La casa de Palma. La familia Portocarrero en el gobierno de la Monarquía hispánica (1665-1700)*, Córdoba 2004, pp. 186-202.

³² *Ibidem*, p. 201.

ambiente y así lo mostrará con claridad la publicística, como se hace patente en los siguientes versos acerca de la joven reina: “Parid, bella flor de Lis / en aflicción tan extraña / si país, parís a España / si no parís, a París”³³. Más tarde, llegaría la princesa de estirpe germánica, Mariana de Neoburgo, y con ella la inclinación de la balanza, de nuevo, hacia el Imperio, en una actitud que, ante la incapacidad procreadora de su regio esposo, le llevará a participar activamente en las intrigas europeas en torno a la sucesión de Carlos II.

Los años que siguen a la paz de Nimega y la posición que ella había dado a Luis XIV le llevarán a intensificar la realización de su proyecto expansionista en lo que, por otra parte va a representar los años preponderantes de su reinado.

La conveniencia de perfeccionar el trazado de las fronteras, en muchos casos confuso, así como el afán del gloria del soberano francés, le llevaron aplicar, desde 1679, un ambicioso plan de recuperación territorial, amparado por el prestigio y el temor que despertaban sus ejércitos, y basado en las imprecisiones de la paz de Nimega, que concedía a Francia una serie de territorios con sus “dependencias”. La llamada política de las “reuniones” —inspirada por personajes como Louvois o el intendente de Alsacia, Colbert de Croissy, hermano del gran Colbert— consistía en reivindicar jurídicamente, a través de las Cámaras de Reunión, y ocupar después, todos los territorios que, en algún momento, hubieran formado parte, o dependido, de cualquier circunstancia de las que pertenecían a Francia. La localización de los archivos de documentos que justificaban la vinculación de algún enclave, provincia o territorio, desencadenaba un procedimiento que llevaba a la ocupación del mismo por las tropas francesas, sin previa declaración de guerra. Naturalmente se trataba de una absoluta arbitrariedad de Luis XIV, avalada por los juristas, con la finalidad de anexionarse la orilla izquierda del Rhin, en perjuicio de posesiones españolas y territorios alemanes³⁴.

De las diferentes zonas y plazas ocupadas por ese procedimiento, la anexión en 1681 de la ciudad libre de Estrasburgo, auténtica puerta del Imperio, va a destacar por el carácter simbólico del acontecimiento; así como representativa sería, igualmente, este mismo año la cesión, por parte del duque de Mantua, de la fortaleza de Casale, en el Montferrato, avanzadilla de posteriores aventuras en el territorio italiano. Todo ello coadyuvará a que, en un ambiente de progresiva indignación se cree en Europa, el año 1682, una coalición de carácter defensivo, de la que formarán parte el emperador, las Provincias Unidas, España y Suecia.

³³ T. EGIDO LÓPEZ: *Sátiras políticas de la España moderna*, Madrid 1973, p. 197.

³⁴ L. RIBOT GARCÍA: “Las guerras europeas en la época de Luis XIV (1661-1715)”, en *Historia Moderna Universal*, Barcelona 2007, pp. 474-475.

Aunque, ante la invasión de los Países Bajos, solo España se decidiría a declarar la guerra a Francia en las postrimerías del año de 1683, viéndose en la necesidad de responder a los ataques franceses en los frentes de Países Bajos, Luxemburgo y Cataluña, sin recibir el apoyo de ninguno de los aliados. Las Provincias Unidas habían firmado con el monarca francés una tregua y Leopoldo I se encontraba haciendo frente a los turcos, que habían puesto sitio a la ciudad de Viena. Así las cosas, la actitud permisiva frente a Luis XIV y el ánimo de evitar un nuevo conflicto armado derivó el 15 de agosto de 1684 en la tregua de Ratisbona, que reconocía, provisionalmente, a la Monarquía francesa la posesión de los territorios incorporados, a partir de la política de “reuniones”, estableciéndose un periodo de veinte años para la resolución de las disputas planteadas.

*A VUELTAS CON LA CUESTIÓN DE LA SUCESIÓN EN ESPAÑA:
LOS TRATADOS DE PARTICIÓN*

Siguiendo el planteamiento expuesto por J. M. de Bernardo Ares los principios básicos que van a regular las relaciones internacionales en los últimos años del siglo XVII pueden resumirse en tres conceptos: príncipes, equilibrio y comercio³⁵. Unos principios que, por otra parte, pueden permitir comprender e interpretar los acontecimientos acaecidos a finales del siglo XVII, como resultado de una evolución más larga, algunos de cuyos aspectos ya han sido formulados en las páginas anteriores.

Los príncipes configuraban políticamente la sociedad europea. Eran la cúspide —como señala nuestro autor— de una pirámide jurídico-administrativa con la que se ahormaba toda la sociedad. Y la corte, no solo era un espacio vital, sino también el centro emisor de todas las decisiones tomadas en el seno de los poderes palatino (casa real), político (consejos, secretarías...) y burocrático (altas magistraturas)³⁶. Una sociedad de príncipes³⁷ en la que la realeza, por derecho

³⁵ J. M. DE BERNARDO ARES: “La sucesión de la monarquía católica. Del Imperio hispánico al Estado español (1697-1714)”, en P. SANZ CAMAÑES (coord.): *La Monarquía española en tiempos del Quijote*, Madrid 2005, pp. 666-669.

³⁶ J. M. DE BERNARDO ARES: “The aristocratic assemblies under the Spanish Monarchy (1680-1700)”, en *Parliaments, States and Representation* 21 (2001), pp. 125-143.

³⁷ Lucien BÉLY establece dicha calificación en su obra *La société des princes, XVI-XVII^e siècle*, París 1999, pp. 307-349.

divino era literalmente incuestionable; por lo que los derechos dinásticos o de la sangre eran algo intangible y los reinos o territorios de cada uno de los príncipes eran considerados como su patrimonio privado, susceptible de ser transmitido por matrimonio o por testamento³⁸. Como segundo principio básico, en el escenario de las relaciones internacionales y en el tiempo que nos ocupa, se pretendió mantener a toda costa el equilibrio europeo forjado en la paz de Westfalia, teniendo en cuenta la relación entre la distribución de los territorios o reinos y el poder que representaban; un equilibrio que se vería perturbado por la agresiva política exterior de Luis XIV, teniendo como telón de fondo la sucesión al trono de España³⁹. Por último, como tercer principio básico de las relaciones internacionales en esta época, nos encontramos –como muy atinadamente apunta J. M. Bernardo Ares– con el dominio de los mares en general, así como con el control, directo o indirecto, del comercio entre las metrópolis y sus colonias.

De manera que los principios citados, a lo largo del último tercio del siglo XVII, van a actuar como auténticos hilos conductores de las sinergias políticas que, en el escenario internacional europeo, espolgadas por el expansionismo francés de Luis XIV pugnen por encontrar una solución, siempre interesada, que dé salida a una cuestión sucesoria española, que utilizará como principal instrumento en manos de la diplomacia europea los tratados de partición de la misma Monarquía hispánica.

Durante la década de los ochenta la situación político-militar y económica en España no había hecho sino empeorar⁴⁰, por lo que el cardenal Luis Manuel Fernández de Portocarrero, establecido en Toledo, como su arzobispo, decidía

³⁸ J. M. DE BERNARDO ARES: “La sucesión de la Monarquía católica...”, *op. cit.*, pp. 666-667.

³⁹ K. MALETTKE: “La signification de la Sucesión d’Espagne pour les relations internationales jusqu’à l’époque de Ryswick (1697)” en L. BÉLY (dir.): *La présence des Bourbons en Europe, XVI-XXI^e siècle*, París 2003, pp. 93-109.

⁴⁰ Carmen SANZ AYÁN, en su obra *Los banqueros de Carlos II*, Valladolid 1988, hace referencia al cambio producido en la casta nobiliaria y financiero-política en la España de los Austrias. Esta llegó al colapso entre 1670 y 1700, apartada de su tradicional posición privilegiada y de poder por la presión de nuevas capas financieras y mercantiles, procedente de estratos inmediatamente inferiores. En esta circunstancia encontramos uno de los más importantes focos de la crisis y del conflicto estamental y financiero del reinado de Carlos II, proyectándose sobre la Sucesión Borbónica. Ver A. R. PEÑA IZQUIERDO: *La casa de Palma. La familia Portocarrero...*, *op. cit.*, pp. 234 y ss.

regresar a una corte en donde las tendencias se encontraban divididas entre los que se decantaban por mantener cierta distancia de Austria y aquellos otros proclives a reforzar la tradicional alianza con el Imperio ⁴¹. Las diferencias se encontraban en el grado de compromiso y alianza que debía mantenerse entre las dos ramas de la Casa de Austria ⁴², a lo que había que añadir el tipo de relaciones que España debía de sostener con los Borbones. De modo que una fuerte alianza con Leopoldo I representaba el enfrentamiento tajante con Francia, mientras que aquellos que apostaban con una mayor laxitud en sus relaciones con Austria y fortalecer vínculos con otros príncipes alemanes se mostraban más afines a la negociación con Luis XIV ⁴³.

En un ambiente de mayor euforia, como consecuencia de la creación de la Santa Alianza antiturca en 1684 y la ofensiva que ello había representado sobre los turcos en territorio húngaro, Leopoldo I, receloso de la actuación del rey de Francia, movía los hilos diplomáticos con un occidente europeo, cuyos países protestantes, con preocupación e indignación, acababan de presenciar la decisión de Luis XIV de revocar el edicto de Nantes, en un ejercicio de intolerancia religiosa, que representaba la expulsión de Francia de cerca de medio millón de hugonotes. El 9 de julio de 1686, en torno al emperador se habían agrupado los príncipes alemanes por la Liga de Augsburgo, de la que formaban parte Baviera, Sajonia y el Palatinado; Suecia, por lo que se refería a sus estados alemanes; España, por el círculo de Borgoña; y Maximiliano Manuel, elector de Baviera, a la postre su yerno. Todavía débil, la coalición mantendrá un carácter defensivo, lo que no impedirá que Leopoldo I trate de inclinar la balanza a su favor en el tablero europeo.

Leopoldo I acababa de casar a su hija María Antonieta con Maximiliano Manuel, elector de Baviera. Para eso le había hecho firmar una renuncia a sus derechos, prometiéndole, a cambio, los Países Bajos españoles. Para sí mismo se reservaba toda la sucesión española y proyectaba enviar a Madrid a su segundo hijo, el futuro Carlos VI, para que se educase allí como heredero. Enterado de ello Luis XIV, enviaba a España a Isaac de Pas, marqués de Feuquières (1685-1688),

⁴¹ G. DE MAURA: *Vida y reinado de Carlos II*, Madrid 1990, pp. 350 y ss.

⁴² A. R. PEÑA IZQUIERDO: *La casa de Palma. La familia Portocarrero...*, *op. cit.*, pp. 252-256.

⁴³ R. A. STRADLING: *Europa y el declive de la estructura imperial española...*, *op. cit.*, pp. 248-249.

con la instrucción de advertir a Carlos II que, si cedía una parte de sus Estados a un príncipe que no poseía derecho alguno, las tropas reunidas en la frontera de los Pirineos intervendrían para poner al Delfín, único heredero legal, en posesión de las tierras que había de gobernar. También había enviado a Villars a Munich para “distraer” la voluntad del elector, ofreciéndole la alianza y los subsidios de Francia; los territorios italianos de Nápoles, Sicilia y varias ciudades alemanas, correspondientes a una presunta partición de la herencia española; así como el apoyo de su candidatura al Imperio. En relación con todo ello, el propio monarca francés, refiriéndose a esta materia, escribió al marqués de Villars en los siguientes términos: “la esperanza que damos al elector de participar en la herencia de España solo es un entretenimiento..., una quimera para alucinarlo... sería una empresa demasiado fuerte... querer quitar a mi hijo lo que debe pertenecerle legítimamente”⁴⁴.

La muerte sorprendía a Feuquières en Madrid el 6 de marzo de 1688, siendo sustituido en sus funciones por su hijo, conde de Rébenac, quien llegaba a la corte española el 2 de septiembre con una instrucción o “memoria muy secreta” que, por su interés pasamos a considerar. En ella quedaban expuestos los derechos históricos de su hijo a la corona española y le señalaba la táctica que debía seguir en Madrid, para demostrar que el gobierno del Delfín era el único legítimo y capaz de defender los intereses españoles, así: Rébenac debía oponerse a la cesión de los Países Bajos al Elector de Baviera y a la llegada del archiduque Carlos a España. Por el contrario, tenía que examinar con la reina María Luisa de Orleáns, con quienes se podía contar –“tanto entre los Grandes y los ministros de la corona, como en las juntas y Consejos”– en caso de muerte de Carlos II, pues, en el estado en que se encontraban los asuntos de España, “la tranquilidad del reino solo se puede mantener por un pronto reconocimiento del legítimo sucesor”.

Se debía formar en España un partido grande y potente “siendo muy importante hacer patente en los primeros momentos a los partidarios de la corte de Viena, y aún más a los españoles que están indecisos, que el buen partido, apoyado por las fuerzas de S. M, será superior a los otros”. Además, tendría que predisponer, desde un primer momento a la reina, o mejor aún, al confesor del rey, para impedir que Carlos II redactase un testamento “contrario al derecho de Monseñor”, o, por lo menos, para que consiguiesen de él “que se remita a las leyes y constituciones de la monarquía para todo lo que se refiere a la sucesión”.

⁴⁴ L. ANDRÉ: *Luis XIV y Europa*, *op. cit.*, pp. 168-170.

Así mismo el plenipotenciario Rébenac tendría que trabajar por atraerse “a los más débiles predicadores, a las gentes de leyes más acreditadas, a los gobernadores de las plazas fuertes, a los virreyes y gobernadores de fuera de España”. Y, por último, caso de morir Carlos II, debería publicarse una proclama del Delfín, quien cedería la corona española a su segundo hijo, el duque de Anjou ⁴⁵.

Las cosas, sin embargo iban a dar un giro brusco cuando, tres meses después de la llegada de Rébenac, comenzaba la guerra de la Liga de Augsburgo contra Luis XIV y el 22 de febrero de 1689 Guillermo III de Orange y María, hija de Jacobo II, eran declarados reyes de Inglaterra, lo que, sin duda, favorecía la colaboración antifrancesa de las potencias marítimas. Por si fuera poco, el 12 de febrero había muerto María Luisa de Orleáns, bajo sospecha de haber sido envenenada ⁴⁶, y solo tres meses después, el 15 de mayo, ya había nueva reina, Mariana de Neoburgo, hermana de la emperatriz. La influencia francesa se trocaba, ahora, en una nueva aproximación a los Habsburgo de Viena, mientras que a la liga de Augsburgo se irían uniendo, además, Brandemburgo, otros estados alemanes, Inglaterra, las Provincias Unidas, el ducado de Lorena, incluso en un primer momento Saboya. Todos formarán el bloque antifrancés de la Gran Alianza, cuyo acuerdo más significativo se rubricará en Viena el mes de mayo entre el emperador, Inglaterra y las Provincias Unidas. En él los contratantes se comprometerán a hacer la guerra con todos sus recursos para ratificar los tratados de Westfalia, Pirineos y Nimega.

El resultado sería una larga y cruenta contienda que habría de extenderse hasta el 20 de septiembre de 1697, cuando se firmaba la paz de Ryswich, en la que el monarca francés se veía obligado a reconocer a Guillermo III como rey legítimo de Inglaterra, abandonando al pretendiente Estuardo (el católico Jacobo Eduardo); y, territorialmente, se restauraba el orden de Nimega, que obligaba a Francia a devolver las “anexiones” hechas con la política de “reuniones”, excepto Estrasburgo y sus adquisiciones alsacianas. Por lo que se refiere a España, la paz resultó favorable pues recuperó Luxemburgo, la parte de los Países Bajos que aún le pertenecía –aunque tropas holandesas eran establecidas en algunas plazas de los mismos, como garantía de un hipotético avance francés–, y el Principado catalán. Sin embargo, tenía que reconocer la soberanía francesa sobre la parte occidental de la isla de Santo Domingo (Haití, en la actualidad).

⁴⁵ A. LEGRELLE: *La mission de M. de Rebenac á Madrid (1688-1689)*, Paris 1894.

⁴⁶ A. R. PEÑA IZQUIERDO: *La casa de Palma. La familia Portocarrero...*, op. cit., p. 252.

La tradición historiográfica manifiesta que Luis XIV, lejos de conseguir por la fuerza lo que había pretendido en las guerras anteriores, renunciaba a sus conquistas en aras de hacerse con el favor de Carlos II ante la inminencia de su desaparición. Y no faltaban motivos pues, una vez firmada la paz, iban a reproducirse con mayor intensidad, si cabe, en la corte madrileña actitudes políticas encontradas en torno a la sucesión al trono.

Había comenzado ya la guerra de la Liga de Augsburgo, también llamada de los Nueve Años, cuando la archiduquesa María Antonia, casada con el elector de Baviera daba a luz en Viena a José Fernando Maximiliano de Baviera, el 28 de octubre de 1692. Este acontecimiento pronto dará pie a una candidatura con simpatías en España y muy concretamente la de la reina madre Mariana de Austria, bisabuela del recién nacido, que contará con el apoyo del cardenal Portocarrero, frente a la opción representada por su nuera, Mariana de Neoburgo, activa en política e inclinada a imponer un gobierno de camarilla, a su medida, a la del emperador y en defensa de los intereses de Austria y del Palatinado-Renania. Circunstancia que se convertirá en factor de estímulo de enfrentamientos oligárquicos y de clanes, ya heredados de la década anterior, así como en el incremento de las resistencias frente a los intentos de reforma.

Llegados a este punto y basándonos en el interesante análisis realizado por A. R. Peña Izquierdo, bueno es señalar el programa político que el cardenal Portocarrero consideraba desde hacía ya algún tiempo para la “restauración política de España”, fundamentado en cuatro puntos básicos: 1) Impedir la desmembración de la Monarquía hispánica; 2) Evitar el recurso al conflicto armado, tanto interno como internacional, para dirimir la cuestión sucesoria; 3) Avanzar, de un modo prudente, en las necesarias reformas políticas y administrativas, sin necesidad de alterar la organización y administración de la Monarquía; y 4) Establecer, un gobierno capaz de redefinir el papel de España en la Europa surgida de la paz de Ryswich, como potencia intermedia entre Francia y Austria, pero convertida en pieza clave y garante del equilibrio europeo. A falta de capacidad suficiente para imponer este proyecto en el cuadro político europeo, debía corresponder a las potencias europeas ser las primeras interesadas en mantener la integridad, estabilidad y recuperación de España, así como de su función reguladora del *statu quo* y de la paz en Europa ⁴⁷.

⁴⁷ A. R. PEÑA IZQUIERDO: *La casa de Palma. La familia Portocarrero...*, op. cit., pp. 373-375.

El 16 de mayo de 1696 moría la madre de Carlos II, Mariana de Austria, y en medio de un ambiente enrarecido de posturas palaciegas encontradas empeoraba la salud del rey durante el verano, hasta el punto de temer gravemente por su vida, lo que no sin dificultades llevaba al Consejo de Estado a plantear una posición intermedia a las disputadas entre “austracistas” y “franceses” en la persona del entonces niño José Fernando de Baviera, que finalmente era recogida en el primer testamento otorgado por el monarca español, quien nombraba a este su heredero en el trono de España, de acuerdo con las prioridades sucesorias en su momento representadas en el testamento de Felipe IV.

Sin embargo, acabada la guerra, un giro imprevisto iba a propiciarse consistente en la elaboración de un segundo tratado de partición de la Monarquía hispánica, acordado el 8 de septiembre de 1698 en La Haya entre Luis XIV y Guillermo III; y suscrito por Heinsius con Francia, el 11 de octubre del mismo año, después de haber obtenido la aprobación de las Provincias Unidas. En el mismo se acordaba, en su artículo 5º, que la corona y la mayor parte de los territorios serían para el príncipe electoral José Fernando de Baviera; según el artículo 6º, el Milanesado se reservaba para el archiduque Carlos; mientras, según se señalaba en el artículo 4º, el gran Delfín obtenía casi todos los territorios italianos (Nápoles, Sicilia, los presidios de Toscana y el marquesado de Finale) y la provincia de Guipúzcoa, con Fuenterrabía y San Sebastián ⁴⁸.

Sobre el tratado dirá Luis XIV, juzgándolo justo:

Es más ventajoso para mi corona adquirir estas provincias que poner a uno de mis nietos en el trono de España, dando Italia al emperador y plazas en las Indias y en el Mediterráneo a ingleses y holandeses. En esta ocasión, el interés de toda Europa está de acuerdo con el que juzgo más beneficioso para mí ⁴⁹.

En ningún caso se correspondieron tales argumentos con el sentir de la corte madrileña, en la que conocido el tratado, se producía una viva oposición. A mediados del mes de noviembre Carlos II convocaba al Consejo de Estado para comunicarle la decisión que había tomado respecto a la sucesión y que hacía patente, inducido presumiblemente por Oropesa, en un nuevo testamento, renovación del

⁴⁸ J. A. ABREU Y BERTODANO (ed.): *Colección de los tratados de paz (...) hechos por los pueblos, reyes y príncipes de España (III): Reynado del Señor Rey Don Carlos II*, Madrid 1752, pp. 594-614. Cit. en J. M. DE BERNARDO ARES: “La sucesión de la Monarquía católica...”, *op. cit.*, p. 670.

⁴⁹ L. ANDRÉ: *Luis XIV y Europa*, *op. cit.*, p. 205.

realizado en 1696. En él nombraba heredero universal de todos sus reinos y dominios a José Fernando de Baviera, con el fin de conservar la unidad de la herencia; solo en el caso de que este falleciese sin sucesión legítima, la herencia habría de pasar al emperador Leopoldo y sus descendientes, cuya línea sucesora preferente era la de la emperatriz Margarita, hermana de Carlos II, a la que seguía la emperatriz María; y en tercer lugar a la línea de la infanta Catalina Micaela, hija del matrimonio de Felipe II con su tercera esposa, Isabel de Valois, y duquesa de Saboya. Por último, en virtud de sendas renunciaciones, eran declarados excluidos de la herencia los descendientes de la reina Ana de Austria y de María Teresa, tía y hermanastra, respectivamente, de Carlos II ⁵⁰. Igualmente, la noticia iba a irritar al emperador, quien se dirigía a las potencias marítimas para tratar de renovar los acuerdos del año 1689. Por su parte, el elector de Baviera, Maximiliano Manuel, declaraba su intención de cumplir las condiciones del tratado, a pesar de la decisión del rey de España.

Sin embargo, una vez más, el vertiginoso curso de los acontecimientos iba a modificar la situación, pues el 6 de febrero de 1699, el jovencísimo José Fernando de Baviera moría en Bruselas, víctima de una varicela y, a pesar de que en el testamento carolino figuraba en segunda instancia la herencia a favor del emperador y sus sucesores, en la corte madrileña se reabrió un nuevo periodo de intrigas y presiones, centradas ahora solamente en los candidatos austriaco y francés ⁵¹. Nuevas conversaciones internacionales condujeron a un nuevo acuerdo provisional de partición, signado en Londres el 11 de junio de 1699 entre Francia, Inglaterra y Holanda, por el que se asignaba al pretendiente austriaco el lote previsto para el difunto príncipe de Baviera, mientras se acrecentaban las aspiraciones francesas. Algunos meses después, firmado el 3 de marzo de 1700, en Londres, y en La Haya el 25 del mismo mes, una vez aceptado por

⁵⁰ L. RIBOT GARCÍA: “La España de Carlos II”, en *La transición del siglo XVII al siglo XVIII. Entre la decadencia y la reestructuración. Historia de España de Menéndez Pidal*, vol. XXVIII, Madrid 1994. También del mismo “Las guerras europeas en la época de Luis XIV...”, *op. cit.*, p. 479.

⁵¹ El conde de Oropesa, de tendencia austracista, había regresado a la corte en 1698 y recuperado la presidencia del Consejo de Castilla. Mientras, Luis XIV ya no se conformaba con la provincia de Guipúzcoa —enclave estratégico para una hipotética penetración en la meseta castellana— y los reinos itálicos de Sicilia y Nápoles, ni el emperador se iba a contentar con el Milanesado y otros pedazos, sino que nuevamente aspiraban, uno y otro, a todo el pastel.

el Parlamento inglés y los Estados Generales de Holanda, respectivamente, se hacía definitivo ⁵².

Tal y como explica J. M. de Bernado Ares, este tercer tratado era muy parecido al anterior, aunque con tres variantes: la corona, España, colonias transatlánticas y los Países Bajos los heredaría el archiduque Carlos; mientras que el ducado de Milán pasaría al duque de Lorena, cuyo ducado se integraría en Francia; por lo que al gobernador de Milán, príncipe de Vaudémont, se le compensaría por ello con el condado de Bistch. Con este tratado, Francia, Gran Bretaña y Provincias Unidas “se determinaron a abrazar este proyecto, que se miró como una política totalmente nueva; pues sin más derecho, que el que se atribuían, trataron de dividir los estados de un príncipe, que aún estaba vivo, y sin oír a todas las partes interesadas” ⁵³. El 9 de septiembre el encargado de negocios de Francia en España, Blécourt, elevaba un informe al rey de España, en nombre de Luis XIV, justificando la firma del tratado “como el único medio para apaciguar con una justa partición las querellas de los pretendientes a la corona de España” ⁵⁴. Sin embargo, de este modo —como señala L. André— los dos contratantes habían abandonado los principios por los cuales habían combatido siempre: Luis XIV, el de la legitimidad monárquica, que había defendido a favor de los Estuardo de Inglaterra, y Guillermo III, el del derecho de las naciones a disponer de su propio destino, puesto que imponía un rey a España sin consultarlo.

Un año antes de que se firmara el tercer tratado de partición, un motín de subsistencia en Madrid había sido la excusa para que los enemigos del conde de Oropesa consiguieran su sustitución, amenazando con nuevos tumultos si este pretendía recuperar el poder. De esta manera, distintos partidarios de la alternativa francesa pasaban a ocupar puestos claves en la administración de la Monarquía. Finalmente, Carlos II, siempre preocupado por mantener la unidad

⁵² J. A. ABREU Y BERTODANO (ed.): *Colección de los tratados de paz ...*, *op. cit.*, pp. 650-676.

⁵³ J. M. DE BERNARDO ARES: “La sucesión de la Monarquía católica...”, *op. cit.*, p. 670. Comenta nuestro autor que con este tratado:

“Luis XIV redondearía el hexágono francés con la incorporación de la Lorena, tendría las llaves del Mediterráneo al enseñorearse de casi toda Italia y mantendría una estratégica cabeza de puente en la Península ibérica al hacerse dueño de la provincia limítrofe de Guipúzcoa”.

⁵⁴ BNE, Ms. 10889, fol. 13v.

de esta y acompañado de cerca por el cardenal Portocarrero, otorgaba testamento a favor de Felipe de Anjou. El 1 de noviembre de 1700 se producía la muerte anunciada del rey de España. En su último testamento⁵⁵ entregaba la corona española al duque de Anjou pero bajo la consideración de tres cuestiones de importancia y gran significación política. En primer lugar, la necesaria e imprescindible “desunión” de las coronas española y francesa. Es decir, que se evitase por todos los medios la unión de las dos monarquías borbónicas, pues tal acción alteraría sustancialmente el equilibrio europeo surgido en Westfalia. En segundo lugar, sostener la inquebrantable “unión” de todos los territorios y reinos de la Monarquía hispánica bajo la férula política del sucesor nombrado. Es decir, impedir el desmembramiento territorial de la Monarquía católica, articulada constitucionalmente en las abdicaciones de Carlos I de España y V de Alemania. Por último, mantener, política e institucionalmente, vigente el juramento de leyes, fueros y costumbres de los reinos por parte del sucesor al trono de España como mecanismo de legitimación de tal cargo. Lo que equivalía a aceptar la monarquía paccionada entre el rey y el reino.

Pero un Borbón en el trono de Madrid representaba un apoyo decisivo al imperialismo de la corte de Versalles. Como los príncipes pretendientes eran el archiduque Carlos de Austria y el príncipe francés Felipe de Anjou, cualquiera de ambas soluciones significaría un refuerzo decisivo en el potencial del Estado favorecido, precisamente, en el momento en el que las potencias marítimas, Inglaterra y Holanda, estaban dispuestas a imponer a toda costa el equilibrio europeo frente a la hegemonía continental de Luis XIV. Por ende, sorprendido el propio monarca francés y habiendo evaluado la doble opción política de cumplir lo pactado con las potencias marítimas o acogerse a lo dispuesto por el testamento del último monarca de los Austrias españoles, este se decantaba por lo segundo. Una aceptación del testamento que, además, iba a asumir en el plano de lo formal y no en la asimilación de su contenido, salvo, por supuesto, el nombramiento a favor de su nieto Felipe (V), como sucesor a la corona de España, lo que representaba la quiebra del equilibrio europeo, pieza angular de las paces acordadas desde Westfalia.

Ello explica que la cuestión sucesoria española desembocara en un gran conflicto internacional y que las potencias rivales pusieran en juego toda clase de

⁵⁵ Nos remitimos al comentario que de él hace J. M. DE BERNARDO ARES en su trabajo “La Sucesión de la monarquía católica...”, *op. cit.*, pp. 671-674.

recursos para debilitar la posición de sus adversarios, apoyando, frente a Felipe de Anjou, al archiduque Carlos de Austria, quien muy pocos años después sería trasladado a Lisboa y luego a Barcelona por las escuadras aliadas. De este modo, la presencia de Carlos en España, donde pasó a representar el federalismo político de la corona de Aragón, amenazado por el centralismo racionalista de cuño francés, implicaba, además, una guerra civil en el conflicto internacional. De este modo la Guerra de Sucesión a la corona de España no va a inaugurar una nueva centuria, pese a su ubicación cronológica, sino que va a ser es la última contienda del siglo XVII o, mejor, la postrera manifestación bélica de lo que se ha dado en llamar la Edad de Luis XIV.

FINAL

La relación dinástica, unida a los derechos familiares y patrimoniales, ciertamente actuaron como claves determinantes en lo que fue la evolución en la relaciones habidas entre las dos ramas de la Casa de Austria, surgidas tras las abdicaciones del emperador Carlos V en Bruselas el año 1556. Unas relaciones igualmente animadas por la interacción de los postulados contrarreformistas y nutridas por el ambiente cultural, especialmente manifestado en la vida cortesana y la incidencia de los jesuitas. Sin embargo, tales circunstancias no impedirán que, en el escenario europeo, ambas ramas dinásticas ofrezcan en sus intenciones y planteamientos históricos divergencias, en ocasiones significativas, movidas, tanto por la misma composición socio-política y territorial de los dominios que pretendieron controlar, como por sus intereses y estrategias en el ámbito internacional, tal y como terminará por hacerse patente tras los acuerdos de la paz de Westfalia, rubricados el año 1648, y el nuevo orden político por ellos inspirado.

Si el resultado de la paz de los Pirineos de 1659, rubricada entre Francia y España, sembraba las expectativas en lo referente a la cuestión de la sucesión al trono de España, el subsiguiente proyecto expansionista del Luis XIV no hará sino estimularla y, por ende, acompañarla de la filosofía de su desmembración territorial, tal y como se pondrá de manifiesto en el frustrado tratado de partición entre el monarca francés y el emperador Leopoldo I, que va a preludiar la paz de Aquisgrán del año 1668. Mientras tanto, el intento, con el que se habían pretendido aproximar las cortes madrileña y vienesa, centrado en el laborioso

contrato matrimonial entre la infanta Margarita Teresa, hija del monarca español Felipe IV, con su tío Leopoldo I no tardaría en diluirse, como consecuencia de la temprana muerte de la emperatriz el 12 de marzo de 1673, precipitando, además, el final de la unión dinástica directa entre ambos linajes –tal y como se había ido produciendo hasta entonces– al casar Leopoldo I, en segundas nupcias, ese mismo año con su prima, la archiduquesa Claudia Felicitas del Tirol.

El espejismo de una Casa de Austria unida, desarrollado tras el fin de las expectativas suscitadas por la etapa imperial de Carlos V y que había venido impregnando la atmósfera política europea, apagaba su fulgor. Desde entonces la amenaza latente, estimulada por los agentes de las principales potencias europeas, con la partición territorial de la Monarquía hispánica como telón de fondo, se convertirá en una constante, que condicionará la política española durante el reinado del último monarca español de la Casa de Austria, cuyo resultado en el tablero político europeo no tardará en definirse.